

4-151

Noches de invierno

Nº 7



El juez hábil

EDITORIAL MUNTAÑOLA S. A. BARCELONA

LE-3084

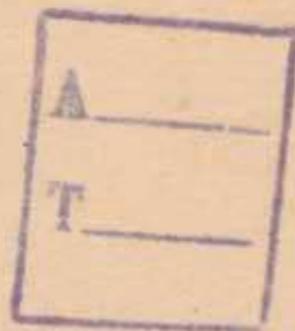
188

P. 0'60 pbs.

NOCHES DE INVIERNO

El juez hábil

(Cuento árabe)



Los doce meses

(Cuento griego)

La piedra

(Cuento ruso)



Texto de J. Carner
Ilustraciones de J. Serra

Editorial Muntañola, S. A. : BARCELONA



EL JUEZ HÁBIL

(CUENTO ÁRABE)

BANAKAS, emir de Argelia, quiso averiguar por sí mismo si había exageración en las hablillas populares que ponderaban la extraordinaria habilidad de un juez de provincia, el cual, irremisiblemente, descubría la verdad, sin que pícaro alguno, por redomado que fuese, lograse engañarle. Así, pues, se disfrazó de mercader y, viajando sobre sus piernas pecadoras, llegó a la provincia donde el referido juez administraba justicia.

Al entrar en la ciudad se le acercó un lisiado pidiéndole limosna.

Banakas le dió algunas monedas; pero cuando ya se disponía a seguir su camino, notó que el mendigo le detenía asiéndole del vestido.

— ¿Qué quieres? — preguntó el emir —. ¿No te he dado la limosna que pedías?

— Sí; me has socorrido con mano larga — repuso el mendigo —; pero de ti solicito otro favor: llévame en tu caballo hasta la plaza. Lisiado como estoy me sería difícil llegar allá sin que los camellos y los caballos me atropellasen.

Banakas montó en la grupa al lisiado, y el jinete y su huésped llegaron a la plaza, en donde el emir paró el caballo y se desmontó.

El mendigo, no obstante, permaneció quieto y tranquilo en su sitio.

— ¿Por qué no bajas? — preguntó el emir —; apéate de una vez: ya hemos llegado a la ciudad.

— ¿Y por qué he de bajar? — repuso el mendigo —. El caballo es mío. Si no quieres dármelo de buen grado, acudiremos al juez.

Los curiosos se aglomeraban en torno a los interlocutores.

— ¡Al juez! ¡Al juez! — prorrumpieron varias voces del corro —. El juez hará justicia.

Banakas y el mendigo fueron en busca del juez.

La muchedumbre se agolpaba en la sala de justicia. El juez llamaba por turno a los litigantes.

Antes de tocarle el turno al emir, el juez llamó a un sabio y a un campesino: los tales se disputaban la propiedad de una mujer.

El campesino afirmaba que dicha mujer era la suya; y el sabio la reivindicaba también como propia.

El juez, después de escucharles atentamente, guardó un momento de silencio, y luego pronunció estas palabras:

— Dejad a esta mujer y volved mañana.

No bien hubieron abandonado la sala los dos contendientes, avanzaron un matarife y un mercader de aceites. El matarife llevaba manchas de sangre y el mercader las llevaba de aceite. Aquél traía en la mano varias monedas y éste asía de la mano al matarife.

Y dijo el matarife:

— He comprado aceite a este hombre, y no bien saqué el dinero para pagarle, me asió la mano con intento de robarme. Aquí, pues, nos hallamos: yo defendiendo mi dinero, y él sujetándome la mano.

— Falso — replicó el mercader —; el matarife vino a comprarme aceite y me suplicó que le cambiase una moneda de oro. Conté el dinero sobre el mostrador, y él se apoderó de las monedas y echó a correr. Entonces le agarré por la mano y le traje a este lugar.

Después de corto silencio, el juez dijo:

— Dejad el dinero y volved mañana.

Cuando se presentaron Banakas y el mendigo, el emir contó el hecho según había pasado; el juez le escuchó atentamente, y luego ordenó al mendigo que replicase.



J. FERRE

— Todo ello es mentira — repuso éste —. Atravesaba yo la ciudad a caballo cuando encontré a este mercader, el cual me suplicó que le cediese la grupa y le condujese a la plaza. Le permití que montase y le traje al sitio que me había indicado; pero después se negó a bajar, pretextando que el caballo era suyo; y eso es mentira.

Después de corto silencio, el juez dijo:

— Dejad el caballo y volved mañana.

Al día siguiente la muchedumbre volvió a reunirse para conocer las decisiones del juez.

El sabio y el campesino fueron los primeros en presentarse.

— Toma la mujer — dijo el juez al sabio —; y dense cincuenta palos al campesino.

El sabio recogió a su mujer, y el campesino sufrió el castigo delante de todo el mundo.

Después llamó al matarife y a su contrincante.

— El dinero es tuyo — dijo dirigiéndose al primero —; que se den cincuenta palos al mercader.

Llegó el turno a Banakas y al mendigo.

— ¿Reconocerías a tu caballo entre otros veinte? — preguntó el juez al emir.

— Lo reconocería.

— ¿Y tú?

— Yo también — dijo el lisiado.

— Sígueme — dijo el juez a Banakas.

Llegaron al establo. El emir reconoció en seguida al caballo entre otros veinte.

En seguida el juez llamó al lisiado, le condujo al establo y le mandó que designase el caballo.

El mendigo señaló el mismo caballo.

Entonces el juez volvió a ocupar su sitio, y dijo a Banakas:

— El caballo es tuyo; llévatelo.

E hizo dar cincuenta palos al mendigo.

Terminada la audiencia el juez se marchó a su casa y Banakas le siguió.

— ¿Qué me quieres? — le preguntó el juez —. ¿Acaso estás descontento de mi sentencia?

— No, por cierto — respondió el emir —. Sólo quisiera saber cómo te las arreglaste para inquirir que la mujer era del sabio y no del campesino; el dinero del matarife y no del mercader, y que el caballo era mío.

— He aquí cómo averigüé a quién pertenecía la mujer: la he llamado hoy a mi casa y le he dicho: — Echa tinta en el tintero. Cogió ella el tintero, lo limpió diestramente y aprisa y lo llenó de tinta; estaba, pues, acostumbrada a ese trabajo. Si hubiese sido la mujer del campesino no hubiera sabido por dónde empezar. Por esto juzgué que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, he aquí lo que discurriera: lo eché en un cubo lleno de agua, y he observado atentamente si sobrenadaba alguna partícula de aceite. Si el dinero hubiese pertenecido al mercader, se hubiera pringado al contacto de sus manos aceitosas; y como el agua ha permanecido clara, el dinero era del matarife.

Lo del caballo resultaba más difícil. El mendigo podía reconocer al caballo entre otros veinte con tanta celeridad como tú; pero sometí a ambos a esta prueba para ver cuál de los dos era reconocido por el caballo. Cuando tú te acercaste, el animal volvió la cabeza hacia tus ojos; mientras que al acercársele el mendigo dió muestras de inquietud, agachando una oreja y levantando un poco la pierna. Así he conocido que tú eras el verdadero dueño del bruto.

Entonces Banakas dijo:

— Bien; pero yo no soy un mercader: soy el emir Banakas. He venido únicamente para saber si era cierto lo que de ti se decía; y estoy persuadido de que eres un sabio y habilísimo juez. Pide lo que quieras y te lo concederé.

— No tengo necesidad de recompensa alguna — repuso el juez — ; pues quedo sobradamente pagado con las atenciones de mi emir.

Teme al hombre sutil más que a la bruja,
o a la fiera de trágicas hazañas:
el ingenio derriba las montañas
y pasa por el ojo de una aguja.



LOS DOCE MESES

(CUENTO GRIEGO)

PUES, señor, érase que se era una pobre vieja que se fué a cortar leña para el invierno. En busca de broza, iba avanzando por una llanura, situada al pie de una montaña. Poquito a poco reunía su provisión, cuando el cielo se obscureció, y empezaron a caer gruesas gotas.

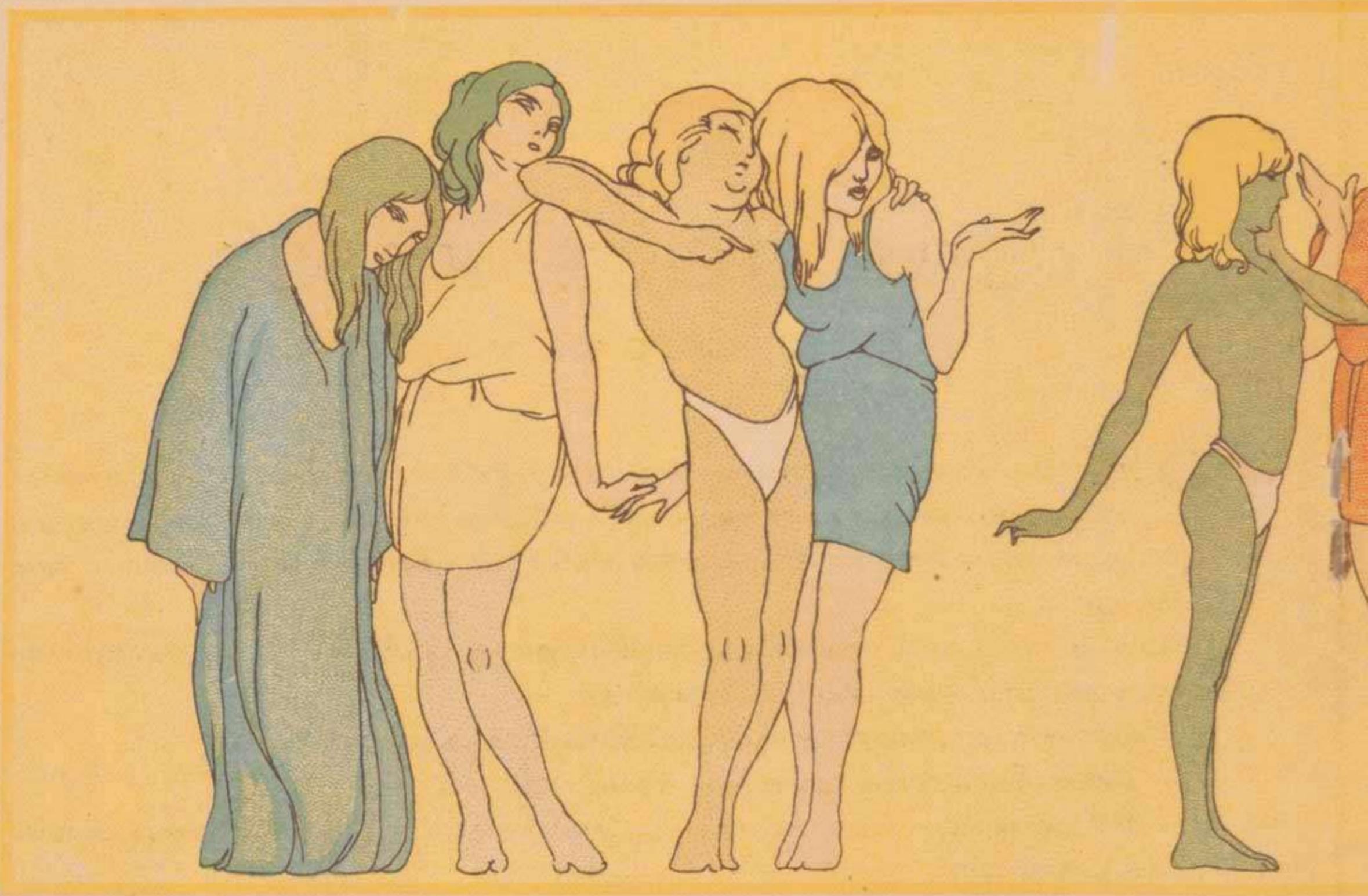
La pobre vieja buscó con la mirada un albergue, por humilde que fuese, y no tardó en descubrir una casa situada al pie de la montaña.

Penetró en ella y encontró en su recinto a doce jóvenes muy bellos.

— Buenas tardes, lindos mancebos — dijo la anciana.

— Sed bienvenida — le respondieron — . ¿Cómo acertasteis a llegar hasta estos parajes con semejante tiempo?

— Hijos míos, soy muy pobrecita, y la pobreza, que hace vivir con el alma en un puño, infunde a veces desesperado brío; y llegué aquí recogiendo broza para el invierno que se avecina, porque, hijos míos, mi casa es una mala choza que da entrada franca al viento, a la lluvia y al frío.

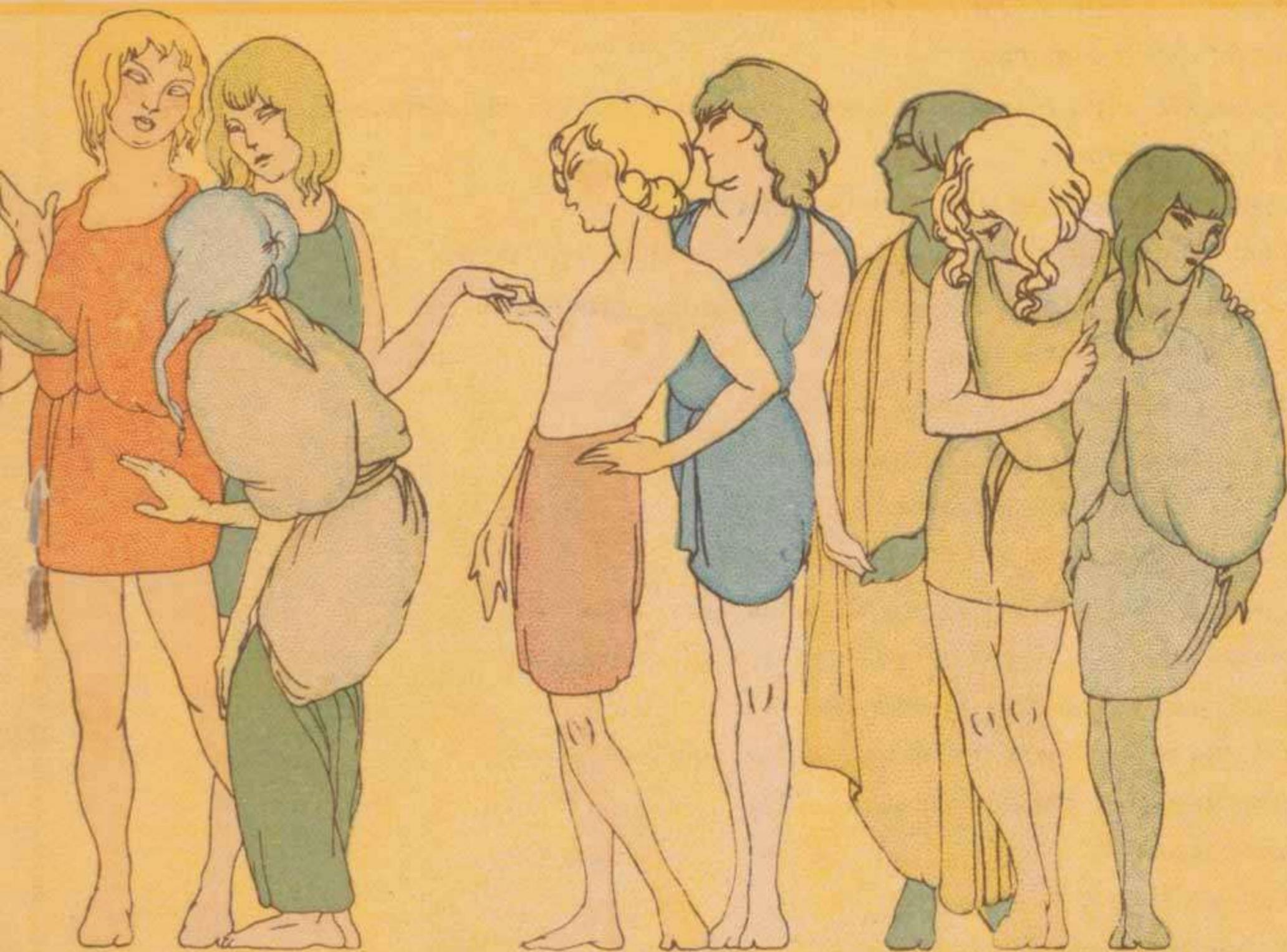


Uno de los mozos la interrogó:

— Decidnos cuál es el peor de los meses.

— Hijo mío, no hay mes peor, ni siquiera malo. Todos son buenos y dotados por Dios.

Benditos sean.



— No es posible que seáis sincera. ¿Podéis comparar el mes de enero con el de mayo, por ejemplo?

— Hijo mío — dijo la vieja — . Si enero no fuese lluvioso y brumoso, mayo vendría sin flores. Creedme; todos los meses son bonitos mozos. ¡ Benditos sean !

Dijeron entonces a coro los doce hermanos:

— ¿Traéis un saco, buena mujer?

La vieja respondió afirmativamente y les entregó un saco, por ella destinado a la cosecha de hierbas de los campos.

Los doce hermanos llenaron el saco de monedas de oro.

La vieja tomó el saco, lo cargó sobre su espalda y volvió a la aldea.

Desde entonces, en lugar de vivir estrechamente, permitíase ciertas comodidades y hacía limosnas.

Su hermana, al notarlo, fué a verla y la dijo:

— Querida hermana, ¿podrías decirme dónde has hallado todo ese dinero que andas derrochando?

La vieja la hizo sentar y le refirió todo lo ocurrido.

Al día siguiente su hermana se levantó al amanecer; tomó el saco mayor que había en el pajar y se lo echó a la espalda como si fuese en busca de hierbas de los campos.

No tardó en llegar a la mansión de que le hablara su hermana, y en ella encontró a los doce jóvenes.

Saludóles cortesmente.

Los jóvenes le dijeron:

— ¿Cómo pudisteis llegar a estos parajes, buena mujer?

— Pues llegué recogiendo broza, por miedo a los rigores del perverso enero. ¡Ojalá que nunca viésemos su estampa! El muy bribón me obliga a ocultarme en mi concha.

— ¿Cuál es vuestro mes predilecto? — le preguntaron.







— Ninguno. Todos me parecen malos. Aborrezco igualmente a febrero el cojo, a marzo el caprichoso, a agosto el abrasador y a todos los demás.

Los jóvenes le preguntaron:

— ¿Traéis zurrón?

La vieja respondió afirmativamente.

Los jóvenes cogieron el zurrón y lo llenaron, hasta el borde, de serpientes de todas clases, de víboras, de sapos, de lagartos, de todos los animales que se arrastran por la tierra.

Luego entregaron el zurrón a la mujer y le dijeron:

— Cuando estéis en vuestra casa, cerrad puertas y ventanas y desatad el saco.

La vieja cargó con el bulto muy gozosa.

Al llegar a su casa, cerró puertas y ventanas y quiso examinar el donativo de los doce jóvenes.

Inmediatamente los reptiles se arrojaron sobre la vieja y castigaron su insolencia y su irrespetuosidad para con los designios de Dios.

Yo no estaba allí cuando todo esto ocurrió; pero acaso estuvo mi tatarabuelo.

A quien en todo confía
y halla miel y no veneno,
le rendirán pleitesía
el viento, el rayo y el trueno.



LA PIEDRA

(CUENTO RUSO)

UN pobre fué a casa de un rico a pedirle limosna. El rico, que tenía el corazón duro como una piedra, no le dió ni un ochavo.



— ¡ Vete al diablo con tus impertinencias!—le dijo.—Déjame gozar en paz de las riquezas que he amontonado.—Y juntando la obra con la palabra, cogió una piedra del suelo y la

arrojó, colérico, contra el pobre. El pobre, enojado, pero sin poderse vengar, recogió del suelo la piedra, la guardó en su seno y le dijo:

— La guardaré hasta que se presente la ocasión de devolvértela oportunamente.

Pasó mucho tiempo. El pobre recorrió muchas tierras viviendo de la caridad de los buenos y conservando la piedra que el rico le arrojó, como recuerdo de su duro corazón.

El rico, entretanto, malgastando el dinero que no había querido emplear en socorrer a los pobres, se arruinó. Se le

confiscaron los bienes que le quedaban, para pagar lo mucho que debía, y fué reducido a prisión.

Acertó a encontrarle el pobre en este estado lastimero, y acordándose de la afrenta recibida de aquel que en otro tiempo fué tan poderoso, sacó de su pecho la piedra y se dispuso a arrojarla contra el que antes se la arrojara a él. Pero como, aunque pobre, era de buen corazón, reflexionó un momento. Vió que no debía devolver mal por mal, y echando la piedra al suelo exclamó:

— ¡Qué necio he sido en guardar tanto tiempo este guijarro! Cuando él era rico, le temí; ahora, que es desgraciado, le debo compadecer.

Pues el daño se abalanza
sobre el próspero de ayer,
¡cuán inútil viene a ser
la piedra de la venganza!



Es propiedad
Copyright by Editorial Muntañola, S. A.
Barcelona, 1920



Noches de invierno

Nº 7



El juez hábil

EDITORIAL MUNTAÑOLA S. A. BARCELONA